

Nada impide,
en sucesión de umbrales y de sórdida geometría,
que el otoño callejero se cubra de amoríos
secretos, de virtudes que claman
por nuevas religiones y nuevos símbolos,
de otras lágrimas y otras humanidades.

Cuando yo me muera,
dame
de ti una lágrima,
una sola,
muy mía,
y déjala rodar en una calle grande y muda,
para que me siga,
para que se disuelva
en esas rocas
que supieron de mí.

Deja que tu lágrima me busque.
Déjala que muera cada día,
que sufra cada muerte,
cuando veas esas calles
donde las lágrimas no se toman a mal.
Déjala, en fin, que en mí se funda,
que se detenga en el lecho de mi cuerpo,
para tenerte,
mía

nuestra,
en las últimas calles,
en los inconcebibles senderos

que en mi ausencia

yo
recorro
todavía.

II Balada por una carta sin respuesta

Dulce hermana,
¿qué soledad de viajes llevas a cuestas?
¿Qué ambigüedad delincuente
te has empeñado en ocultar?
Cuando me enamoraban tu aliento cosmopolita

y tu sabor a verso y aire,
cuando tu geometría figuraba olas
y llenabas radiante el espacio de ti misma,
cuando desbordabas

definitiva

los extremos de tus hojas,
tu esencia
se enroscó en un sobre blanco,
y aprisionada y ciega te arrojaste al mundo,
por mí,

lejos de mí.

Hijita mía,
¿supieron quién eras?
¿O a la mitad del vuelo caíste
para deshojarte en miles de palabras?
Hermana,
hoy me duele mi pecado sin respuesta.
Mas te envidio.
Envidio tu rumbo de pájaro sin dueño,
o quizás tu corazón efímero,
o esa coquetería de las cartas
que deciden no volver ya nunca la mirada.
¿Te despojaron de estampillas y secretos?
Cariño mío,
¿quién sabrá de mí?
Tal vez aguardaba tu regreso,
jubilosa amiga frívola,
llena de otras voces y de nuevos ecos.
Pero te fuiste,

paloma

al vuelo
con tu pico de tinta caprichosa
y tus alas
de rumbo imaginario.

III Unas pestañas

Se han puesto negros los balcones.

(Reflejo de pupilas,
humedad de párpados y pétalos.)

Oscuridad imprescindible
que lleva días por entrañas.

(Cómplices del amante
que ha redondeado en mundos
hemisferios cristalinos.)

Llamas nocturnas encadenando espejos.

(Máscaras del sueño,
ventanas que persiguen besos fríos.)

En su delirio han tomado
alas de acuarela al viento.

(Donde los labios son ley,
ellas impusieron la norma de la ausencia.)

Han sonado sus campanas negras.

(Mi deseo aguarda.)

IV Al océano, desde la orilla de los sueños

La arena
brota
sin oídos
y con ruido de conchas
grandes y añejas.
Las escamas
vibran
lentas y en espuma
deshacen
su rigidez
cadenciosa.
Es él,
monstruo que despierta,
aguijón salvaje
amor
-lágrima
génesis,
demonio al acecho

bajo el manto
de mil ángeles
en movimiento
perpetuo.

* * *

Si tú soñaras, es decir,
si soñaras como yo océanos
de clamor furioso, encendidos
en muchedumbre de olas fortuitas;
si tú besaras, esto es,
si tú bebieras de esos rostros
marinos, de aquellas cuestas
de sal y de luces;
si escucharas, noche grave,
grave acento de lunas dispersas
y de farolillos blancos,
y miraras hacia ti
cómo se agita
tu corazón de nube,
poseerías, como yo,
miles de imperios antiguos
dibujados tras el furioso reventar
de olas, de sueños y de besos.

* * *

Quisiera soñar el océano enorme
volcándose a ratos en mis oídos,
como si fuera él un ramillete de mariposas repentinas.

Quisiera soñar, soñar
la mar y un verso arrancado
no sé dónde.

Quisiera robarle alas a la sombra
y morder la frente de la muchacha blanca
que me espía.

Y si así nos extraviáramos
en el múltiple arrebató de los peces
o en un éxtasis de cascabeles salinos,

yo quisiera soñar, soñar,
la mar poniente
y mi corazón volcándose
de prisa en jardines de penumbra.

V Trío

Por esta rosa
que sangra pétalos en la orilla de mis manos,
por esta rosa
que un amante dejó al discernimiento del deseo,
por ella
he de temer en cada uno de mis versos,
como si no hubiera más rosas
y este verso
fuera veneno ante los ojos míos.

Por esta rosa
que padece de sí misma,
por esta rosa
que se quema entre mis dedos,
por ella
he de pensar un beso gris y tibio,
un beso
en formas impalpables,
como son los besos
de palabras, como son los besos
de la muerte.

Por esta rosa desnuda
que se desgaja al toque de los días,
por ella
he de mirar tu pecho inmóvil
y tu rostro de soledad absuelta,
como se miran los días,
como se piensa en rosas
desangradas
y en los versos
de la última página de un libro.

VI Poema de las posibilidades

Noche,
te quise construir de amores últimos,
pero quiero despojarte de fantasmas
y hacerte tangible,
para trazarte filigranas en el cuerpo,
para cubrirte de alas y de tierra,
para besar tu cuello
y soñarte entre libros y un sepulcro.

VII Elogio a la palabra humana

Para Diana, al otro lado del instante.

Tu nombre
pudo ser poema,
o ave solitaria,
o fuego íntimo.
Pero se quedó
prendado
de abanicos y avenidas.
Tuyo.
Pudo ser poema,
y prefirió,
ya ves,
tu orbe de júbilos.
Quise sujetarlo en versos.
Pero las sílabas no eran tinta,
no eran imágenes.
Eras tú:
lenguaje.
Quise abarcarte en sustantivos
femeninos,
y te escapabas de los puntos,
los balcones y los diálogos.
Tu nombre
pudo ser absoluto,
mas prefirió andar por los días
y los rostros.
Acaso pudo ser de nadie.

Pero es tuyo.
Inexorablemente tuyo.

VIII Apología de la dialéctica

Delante de mí se mueren las rosas.
En el fondo del agua,
una novia abandonada gime
tras la abertura inmensa de la noche.
¿Qué soliloquio
sollozan y murmuran las corolas?
Es de noche,

noche

negra
como la tinta que se agolpa en este verso
o las cavidades
que sujetan el alma de las rosas.
Sólo de noche se mueren las corolas.
En la madrugada, serán mortajas
de terciopelo oscuro,
cascabeles de luto.
Enmudecidos.

En el fondo, la novia está muerta.
Sus ojitos se cerraron despacio,
húmedos y trágicos.
Pidió que la despertaran temprano,
para engalanarse
y cubrirme
de besos y perfumes.
Nadie la escuchó morir.
Sus manos son remolinos quietos.
Su corazón yace disuelto en el agua,
llenando todo de miel y de amargura.
Parece que duerme, sola,
harta de aromas que no le pertenecían.
¿Cuáles fueron sus últimas palabras?
Ha muerto, lo sé.
Es de noche.
Afuera, tal vez la busca
un vientecillo

fervoroso
que le confesará su amor inútilmente al oído.

IX Materia del alba

Quiero tomarte del aire,
modelarte,
adivinar tus centímetros invisibles
y tomarlos por asalto.

Poner color en tu mirada fría
y aliento en tu forma primigenia.
Vestirte de mis manos,
transformarte,
desarrollar la exuberancia de tu cuerpo
—una, cien veces
deshacer el contorno y repetirlo
hasta saberte de memoria.

Imaginar que me quieres y te quiero.
Decirte en secreto que estás viva.
Quererte otra vez,
regenerarte,
reunir tus átomos dispersos,
y al final,
una vez más,
crearte
con mis dedos furiosos que te encuentran siempre
y te arrancan
por capricho
tu silencio.

